



BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga

SUMARIO: I. Real carta de Ruego y Encargo.—II. Circular de Secretaría.—III. Discurso de Apertura.—IV. Asociación sacerdotal de sufragios.—V. Necrología.

Real Carta de Ruego y encargo.**EL REY.**

Muy Reverendos en Cristo, Padres Arzobispos, Reverendos Obispos, Administradores Apostólicos, Vicarios Capitulares de las Iglesias de esta Monarquía, y Vicario general Castrense.

El nacimiento de Mi muy amado hijo el Infante Don Gonzalo es un nuevo señalado favor que la Divina Providencia ha querido dispensarnos, añadiendo uno más a los muchos que de ella tenemos recibidos y aumentando la gratitud que a su inagotable bondad debemos siempre, gratitud proporcionada a la grandeza del favor dispensado.

Y estando, como estoy, seguro de que participais de

estos mismos sentimientos; conocido como Me es vuestro notorio y probado amor a la Patria y a la Dinastia;

Os ruego y Encargo que dispongáis se celebren en las Iglesias de la Diócesis que con tanto acierto regís, las preces con que siempre nos habéis asistido para tributar gracias al Todopoderoso por tan insigne beneficio.

En ello Me serviréis, y de la presente, y de lo que en su vista resolváis, daréis aviso a Mi Ministro de Gracia y Justicia.

Dada en Palacio a veintisiete de Octubre de mil novecientos catorce.

YO EL REY.

El Ministro de Gracia y Justicia.

Al Rvdo. Obispo de Astorga.

Accediendo con sumo gusto a los piadosos deseos de S. M. exhortamos a todos los señores Párrocos, Ecónomos y encargados de iglesias celebren las preces acostumbradas en casos análogos.

† EL OBISPO.

Secretaria de Cámara y Gobierno del Obispado

DE ASTORGA

Prórroga de Licencias.

S. S. Iltma. el Obispo, mi Señor se ha dignado conceder prórroga de licencias ministeriales hasta el

primer Sínodo del año de 1915 a los Sres. Sacerdotes a quienes se les terminen antes de la fecha de dicho Sínodo.

Astorga 31 de Octubre de 1914.

Lic. Enrique W. Camarasa
Can. Magistral, Secretario.

DEL SEMINARIO.

DISCURSO leído por el Lic. D. Bienvenido Rodríguez y Rodríguez, profesor de Sociología, en la apertura del curso académico de 1914 a 1915.

(Continuación)

Criterio adoptado.

Elegido el asunto, pensé luego en elegir mi punto de vista, un criterio probado, en el cual situar de modo conveniente e inconmovible mi razón, para atalayar desde allí con certeza la verdad ansiada, y alcanzar desde aquella cumbre luminosa y dominadora la más extensa, distinta y comprensiva intuición en mis pretendidas observaciones.

Menoscabada en el siglo XIX la estimación de las verdades filosóficas, de la ciencia ética y de la verdad religiosa, pareció que podían justificarse en el orden individual y social todas las manifestaciones vitales humanas con el criterio de lo útil, y en consecuencia explicarse con la ciencia económica, que es por antonomasia la ciencia de lo útil. Al punto deseché, por absurda, esta manera de mirar la vida adoptada por Engels, Marx, Rogers, Loria, Labriola y demás coautores y secuaces del moderno positivismo; y vine a situarme, muy a mi gusto, en aquel altí-

simo punto de vista, desde donde aprecian el complejo fenómeno del humano vivir la escuela ético-cristiana y esa otra novísima, que, con el nombre de escuela psicológica, acaba de surgir en Sociología. Para estas escuelas, según palabras tomadas a la letra de Toniolo en la «Introducción a su Tratado de Economía Social».... «en los resultados definitivos—la historia lo atestigua—las condiciones económicas son el producto de las cualidades intrínsecas y de la diversa elevación de la vida intelectual y moral de los pueblos. La razón y la experiencia enseñan que *el orden de las ideas rige definitivamente el de los hechos*, y análogamente las vicisitudes de los fenómenos materiales de la riqueza no siempre anteceden o son concomitantes, sino que vienen a seguir con frecuencia tardía y lentamente al espíritu en la vida de las naciones.»

II.

Vida económica.

Producción.

La actividad económica de los labriegos de mi asunto no se aplica de modo exclusivo a la producción agrícola. Se dedican también a la industria pecuaria, cuyo desarrollo favorecen grandes prados boyales, aunque gravados con un pequeño foro de muy discutible legitimidad, que durante los meses de otoño, invierno y primavera fácilmente se riegan; un fresnal, no menos extenso, una verdadera isla, tan abundante en pastos que sin salir de allí, engorda una vacada numerosa; y finalmente el libre aprovechamiento común de barbecheras y rastrojeras: crían ganado vacuno, lanar, algunas cabras de leche, contados ejemplares de las especies caballar y mular, de la asnal un número mayor que el de vecinos, bastantes cerdos, varias docenas de patos, propiedad de ricos, hasta dos centenares de pavos, casi único patrimonio de dos o tres familias de pobres vie-

jos, y no escasas gallinas en los amplios corrales cubiertos de estiércoles orgánicos. Además de agricultores y ganaderos, los obreros y pequeños propietarios o pequeños colonos, son temporalmente, cada año, mineros en Riotinto o en Asturias. Como manifestación rudimentaria de la industria manufacturera, puede anotarse, para cerrar esta serie de aplicaciones del trabajo económico de mis labriegos, el hilado de la lana, del lino y del cáñamo en ruecas primitivas, tarea invernal de mujeres incapacitadas para cualquier otra clase de labor.

Los cultivos, en los cuales, como labradores, se ocupan, son el del trigo, cebada, centeno, algarroba, yeros, garbanzos, habichuelas, habas, patata, nabos, remolacha, berza, lino, cáñamo, maíz, guisantes y el de la viña. De pocos años a esta parte la producción de la habichuela ha venido aumentando en la proporción que ha disminuído la del lino. Dicen que, además de ser el proceso productivo de este más largo, complicado y trabajoso que el de aquella, aquel producto es de mayores rendimientos que este. Por análoga razón he visto sustituidas en otra vega de la misma comarca las antiguas plantaciones extensísimas de lino por las actuales de pimientos y cebollas. El cultivo del cáñamo, al cual se dedicó siempre atención muy remisa, está hoy a punto de desaparecer. Por excepción se vé una reducida parcela de tal planta. En cambio, si el cultivo del tabaco se declarara libre, acaso fuerán en ese sentido muchos afanes. Así, al menos, lo hacen presumir las aficiones de que no pocos dan con frecuencia escondidas muestras. La viticultura y vinicultura tuvo para ellos en tiempo no muy lejano grandísima importancia. Buena prueba de esto da todavía la multitud de «cuevas», bodegas subterráneas, abiertas a lo largo de una extensa derivación arcillosa, descendente de las «colinas de trasmonte» hacia el valle feraz donde la aldea está enclavada, a la cual limitan por el sudeste y en la cual en-

ran ramificándose en forma de cruz. Fué entonces, cuando dicen los viejos que el pueblo era rico, y las vendimias bacanales, y las «cuevas» lugares de regalada ociosidad y de orgiásticos hartazgos cotidianos. Pero la filoxera y el prematuro abandono de las viñas afloxeradas dieron al traste con toda aquella riqueza. En unos años las bodegas no les sirvieron más que de pajares, paneras, despensas... Se cerraron para su originario y natural destino, y, como expiatoria compensación, se abrieron tabernas, en donde los bebedores impenitentes hubieren de saciar su sed en vino malo y caro, pagándolo muchas veces a costa de frecuentes hurtos, familiares y extra-familiares. Multiplicáronse los rateros, y las bodegas, en las cuales tan a su gusto maniobraban con impunidad absoluta, vinieron a ser en definitiva, como si sobre ellas pesara una maldición por los pasados abusos, enteramente inútiles. Ni paja podía encerrarse en ellas. Sólo algún que otro día señalado los individuos del concejo, después de otro día de pesca y de concejil merienda pantagruélica a orillas del río, se permitían el lujo de reunirse en la del alcalde o en la de cualquier munícipe prestigioso y pasar allí toda una tarde ofrendando impúdicamente a Baco buena parte de distraídos fondos municipales. Al salir, entrechocándose como pellejos mal sujetos en carromato, por vereda, iban de ronda. Hoy, gracias a las iniciativas ejemplares de algunos convecinos, no labradores, más ilustrados, y a la facilidad que les ofrece un gran vivero de vides americanas, que no muy lejos de allí dirige con gran acierto un sacerdote, por rara casualidad propietario, van poco a poco restaurando el perdido viñedo con plantas de la clase indicada, inatacables a la filoxera. Si todavía no pueden exportar vino, ni venderlo, salvo contadas excepciones, y esto en no muy grandes cantidades, muchos de ellos, casi todos, lo cosechan ya en cantidad, que sería suficiente para el propio consumo, si hubieran aprendido con las pretéritas priva-

ciones a prevenir futuras indigencias análogas poniendo en el consumo una ordenada sobriedad. Más, por desgracia, con las antiguas viñas vuelven las antiguas desordenadas costumbres corruptoras. La replantación actual, aunque por ahora mucho menos extensa que la plantación anterior, se hace con arreglo a más racionales procedimientos que los empleados en esta, si bien aún no se han adoptado los últimos adelantos en la materia, y está mejor situada, en terrenos muy apropiados para eso y que poco más que para eso sirven, habiendo dado margen la insinuada traslación de sitio a que un crecido número de tierras descepadadas se aprovechen en la actualidad, lógicamente, para el cultivo del trigo y de algunas legumbres. Sólo he oído decir a los paisanos que las uvas y los mostos de estas vides, ingertos indígenas en exóticas cepas americanas, con ser las primeras más abultadas y numerosas, y los segundos más abundantes, son de peor gusto aquellas, y de inferior calidad estos, que las uvas y los mostos, fruto de vides netamente del país. Con el replanteo de la vid han entrado de nuevo en funciones las ancestrales alquitaras clandestinas, destiladoras de aguardiente. Todas las precauciones son pocas para burlar la vigilancia de los carabineros, a quienes innobles enemigos suelen dar precisas noticias; más nunca falta en casa del labrador un tabuco recóndito en donde, a deshora, arda la leña, hierva la alquitara, y corra del tubo milagroso a la vidriada jarra en parábola de luz el hilillo embriagador que ha de proporcionar a sus dueños el *divino* placer de la *parva* todas las mañanas. En apurando una copa de aguardiente a sorbos, alternados con otros tantos mordiscos en un pedazo de pan correoso, se sienten del todo despiertos, completamente desentumecidos, ágiles y fuertes para cualquier trabajo. No sé por qué, siempre que veo hacer aguardiente en tal guisa; y al aguardentero, desmedrado, ebrio, acurrucarse junto al fuego, o ir y venir tambaleándose,

medio asfixiado, entre la humareda, los mareantes vapores de las heces en ebullición, mareándome, dibujan en mi fantasía delirante la supuesta imágen de un químico brujo de la edad media buscando en el antro misterioso de sus diabólicos estudios la piedra filosofal. A veces el arcáico investigador háseme presentado con manteo pardo remendado, chambra de percal, muy ceñida al busto, y pañuelo de estambre, anudado sobre la frente, a cuyos lados colgaban lacias las puntas de él, a manera de ligeros y móviles cuernos. Fué que la mujer del aguardentero, larguirucha, aceciñada, sin pestañas, sustituía al marido en los menesteres profesionales. Del matrimonio nació una hija que suple ya con ventaja a sus padres. Enumeré, arriba, entre los cultivos locales el de la remolacha; y, por las menguadas proporciones que alcanza, a pesar de que disponen de suelo tan apto para él como el que lo sea más, apenas si merecía mencionarse. El trust azucarero no recibe de allí ni un kilo de esa primera materia. La poca que se recolecta se consume, como pienso complementario, en la alimentación del ganado vacuno. En fin, la utilidad y los encantos del árbol son casi por completo desconocidos por aquellas gentes, que sufren, en justo castigo, los rigores de un clima destemplado e irregular. Talaron un encinar, hasta dejarlo sin una mata de jara, ni un mal carrasco; ahora todos se ven forzados a comprar en las próximas dehesas, a los precios que los dueños de estas quieren imponerles, agradeciéndolo adomás como un señalado favor reservado para los amigos políticos, la leña que, con los manojos de sarmientos, constituye el combustible único de sus hogares y de sus hornos. Tan pronto como entraron en posesión de un pinar, adquirido en común por un cierto número de ellos no ha muchos años, se dieron prisa, desusada, en arrancar los pinos. A los fresnos y tamaras de la preciosa finca comunal, a que antes aludí, los tratan como a enemigos. Sin tener para nada en cuenta las orde-

nanzas municipales, la saquean a toda hora; para cortar una vara, de que tienen momentáneo placer o poco más duradera conveniencia, no reparan en destrozar un árbol. Los gitanos trashumantes completan la obra destructora de los vecinos, que con bárbara indiferencia se lo toleran. Yo mismo he escuchado a más de una caravana astrosa de hampones semejantes que aquello es «su paraíso». Allí está la choza del vaquero donde guarecerse y el corral del ganado del pueblo donde recoger «sus bestias»; allí innúmeros troncos de fresnos, medio secos, a que prender fuego, sin tomarse siquiera el inútil, y para ellos, como todos, odioso trabajo de derribarlos; allí pastos, y agua, y caza, y pesca abundante y a dos pasos los que aún hoy, aunque sin razón ya, se llaman «linares», las tierras bajas de regadío que les brindan durante la noche toda suerte de sazonzados frutos alimenticios; allí finalmente, sombra y tamaras mimbreantes; que crecen junto a las zarzamoras, para que sus mujeres puedan tejer con sin igual comodidad cestos y canastillos de todas clases, blanquísimos y recios, que luego venden públicamente a maravilla. Conocidos todos estos hechos, al arbolado relativos, se aminora la extrañeza, aunque la pena con la fundada desesperanza aumente, que causa en el ánimo del observador el encontrarse en aquel termino municipal con bastantes campos, yermos, abandonados, que debieran estar poblados de castaños y de pinos; y los bordes de los caminos, y la muchedumbre de lindes, y las márgenes del río y de la complicada red de regatos, y los confines del prado, donde, con solo plantarlos, prosperarían incontables y diversos árboles, sin que sobre ellos destaque su hermosa y benéfica silueta ni uno solo. En el vacío cayó la lección práctica dada acerca del particular por el señor Maestro de niños, quien, a su manera, celebró un año la fiesta del árbol, regalando a sus pequeños alumnos plantones de frutales varios, para que, cuidándolos por sí mismos, les cobraran cariño y esti-

ma. Nada han aprendido tampoco en el caso, verdaderamente alentador, de un gran predio, que un hacendado de la tierra tuvo la feliz idea de plantar de almendros. Unicamente en las nuevas viñas, propiedad de algunos más cultos que el resto de sus convecinos, se crían unos pocos árboles, de sabrosos y envidiados frutos.

En cuánto a útiles de trabajo y procedimientos de explotación del suelo, el atraso de los agricultores de mi referencia es evidente. No puede decirse que permanezcan en esto estacionarios; pero progresan de modo tan lento y retroceden por atavismo, con tal frecuencia, que resulta en extremo difícil notar y, más aún, dar por firmes sus pasos hacia adelante. De sus anuales emigraciones a Tierra de Campos, a Extremadura y a la Rioja, en donde la agricultura tan adelantada se muestra, no importan los obreros, que allí han practicado los modernos métodos de cultivo con novísimos instrumentos de trabajo, si no sus míseros ahorros, y alguna que otra perniciosa novedad en las ideas, en el lenguaje, en las costumbres, en el vestido, juntamente con una insoportable presunción de *hombres de mundo* en el más bajo y peor sentido de la palabra. Es indudable que de ahí, principalmente de Tierra de Campos, viene el impulso progresivo apuntado; más la ignorancia y la rutina de los que lo transmiten y lo reciben menguan en tanto grado su caudal y eficacia, que lo hacen imperceptible. Parece una profunda corriente subterránea que solo después de mucho tiempo de insensibles ascensiones capilares llega a manifestarse tenuamente en fertilizaciones de la superficie.

Al antiguo arado romano, del cual quedan todavía vergonzosos ejemplares, lo han sustituido los más por el de vertedera: pero no les he visto emplear ni un bisurco, ni una sembradora. El año pasado llegó al pueblo un Ingeniero agrónomo con un perito mecánico y un excelente arado de desfonde. Iba con ánimo de dar una conferencia

y realizar con el arado prácticas integrales, decisivas. No sé si logró su propósito en cuanto a la conferencia. Lo que sí sé cierto es que con dificultad pudo encontrar un labrador que, por puro compromiso y mascullando suspicacias y recelos, en atención al cacique político que al ingeniero acompañaba, se prestara, al fin, a que en terrenos suyos y con sus bueyes se abriesen con el arado de desfonde hasta media docena de surcos. Le echaban a perder la tierra, le mataban las parejas...! Los labriegos presenciaron boquiabiertos la operación, y nada más. Aún contra el arado de verdadera lanza de vez en cuando la vieja rutina en rebeldía por boca de los mismos que lo usan, sin haber conseguido acallar del todo la desconfianza que les muerde en la entraña, torpes acusaciones. Los pastores se lamentan de que, por arar así, no haya ni una brizna de hierba en el barbecho; ellos de que, por culpa de tal arado, abunde en los sembrados más que antes la hierba, y tímidamente dejan traslucir sus ignaros antojos de que, por eso mismo son menores que antes las cosechas y con mayor facilidad que antes se malogran. Rompen los terrones a mazazos. Y, cuando necesitan pulverizar más una tierra, y nivelarla, por exigirlo así la planta, a cuya producción la destinan, en vez del rodillo mecánico usan de un tosco tabladillo rectangular plano, que sujetan al yugo con cuerdas y sobre el cual, puestos en pie dos o más hombres o mujeres indistintamente, supliendo de este modo con el propio peso la fuerza de presión que al armatoste falta, se dejan arrastrar por la yunta. Con todo, se ríen de los labradores de la margen derecha del río, que utilizan para idéntica labor un grueso tejido de támara o unos palos, de igual manera que ellos, y en igual forma dispuestos que sus tabletas. Al escardillador, de tan múltiples y provechosos efectos, lo juzgan peligroso, ciertamente perjudicial, y no se avienen a aplicarlo de manera alguna. Siegan con guadaña y las más veces con hoz. Entre los doscientos cin-

cuenta vecinos uno solo, desde hace dos años, tiene máquina segadora, y éste se sirve de ella con tiro de bueyes. Bien es verdad que vive en el país «El Tonto», a quien han visto *gastar* coche con tiro de vacas. Atan las mieses en haces y las transportan a las eras en carros sin mallas. Justo es reconocer, sin embargo, que el sistema de «morenas» va ganando de año en año campo al de haces; que ya se emplea algún carro con malla para ese servicio, aunque muy mal acondicionada; y que los carros, si no del modelo más perfeccionado, son grandes, bien contruidos, seguros y de fácil rodar alegre: no chirrían, cantan. En la era siguen la raigada costumbre de reunir en grandes rimeros de caprichosas formas, que llaman «medas», multitud de mieses hacinadas, de los cuales las van sacando para las trillas, siempre de excesivo grosor. Como todas las otras labores, también esta la efectúan con parejas de reses vacunas. Más adelantados que en otros muchos pueblos de esta diócesis donde todavía se mantiene en vigor la práctica de las «majas» para el desgrane de cereales, usan los de la aldea de mi estudio de trillos de madera tachonados de menudos pedernales prismáticos; pero ni uno solo, con dientes de acero, y palas de hierro para el volteo ni menos de una sola máquina trilladora.

Para «emparvar» o «aparvar», que es recoger la trilla acabada, se valen de un palo cilíndrico sin labrar, el «parvón» o «aparvador», amarrado por sus extremos al yugo. Sobre el palo en toda su longitud van de pie hombres, mujeres, muchachos, encorvados los cuerpos hacia adelante, sosteniendo y empujando así el panzudo montón de miés que el palo de tal suerte oprimido y tirado, levanta una vez que llegan al sitio prefijado para la parva, a una voz del que dirige la operación se alzan todos, el palo sube, y la miés queda allí amontonada. Luego proceden a dar forma, menos irregular y más apretada, al montón, disponiéndolo: o en sentido longitudinal, a la

manera de un largo prisma, que es la parva, propiamente dicha; o sobre un plano circular, al modo de un cono, de ancha base, y poca altura, que conserva el nombre genérico de montón. Esta segunda forma reúne mucho mejores condiciones para «la limpia» que la primera. Sin embargo, como esta es más vistosa y finge mayor cantidad, han dado en la fachenda de multiplicar a troche y y moche las parvas, algunas de las cuales, aventadas, arrojan la cifra ridícula de tres cargas de grano. No hay en la aldea, al menos que yo sepa, máquinas aventadoras. A palos, con recios varales, desgranán los garbanzos y las habichuelas. El desgrane del lino es curiosísimo. Tienden la planta ordenadamente, con todas las cabezuelas a un mismo lado, sobre una cuerda. A lo largo de la hilada, que van a «derripar», se colocan por parejas, uno frente a otro, los «derripadores», y, alternando rítmicamente los movimientos y los golpes de sus «derripanços» sobre las frágiles cabezuelas en peligrosa y difícil combinación, van y vienen por el lado respectivo del trozo de hilada, que a cada pareja corresponde, sujetando con el pie las hebras el que trabaja por la parte de las raíces. Como las hiladas son lo suficientemente gruesas, para que los golpes no lleguen de una vez a las cabezuelas que quedan debajo, cuando les parece conveniente, cogen dos de ellos los extremos de la cuerda, y, a pulso, para que la hilada no se desordene, la levantan y vuelven con ella la hilada de manera que, sin cambiar de lado cabezuelas y raíces, cambian aquellas de posición, de alto a bajo y viceversa. Cuando el lino es mucho, se trabaja a la vez en cuatro hiladas dispuestas en rectángulo, la «derripa» se anima extraordinariamente y el estruendo es formidable. Retiembla el suelo, y, a un kilómetro de distancia, suena el acompasado, seco y firme golpeteo numeroso, como una música, triste y monótona, de prehistórica horda troglodita. El «derripanço» es una maza de poca altura, ancha

placa rectangular y corto mango parabólico algún tanto flexible. Con él, además, hacen saltar los mozos, en duras faenas invernales, sobre la piedra de la portalada, la cascarilla, que envuelve los filamentos, tan codiciados, del lino.

En las tierras de infima calidad practican el sistema de barbecho; en las de calidad mediana el de alternativa de cosechas, cultivando en ellas legumbres un año y cereales otro; y, sólo en las feracísimas de la ancha vega, en las cuales la capa de humus, de inagotable fecundidad, alcanza un espesor de veinte a treinta centímetros, intensifican el cultivo logrando dos, y hasta tres, cosechas anuales.

Pudiendo regar la mayor parte de su territorio, solamente esta porción de él ha conseguido de la incuria secular de aquellos labriegos, faltos de toda iniciativa inteligente, el privilegiado beneficio del riego. En el momento que la naturaleza no les pone su productividad en la mano misma, sino que se la presenta ligeramente esfumada en lejanía no muy remota, ya no la ven, o, si la ven, se cruzan de brazos, rinden la cabeza bajo la pesadumbre que carga sobre sus cervices una errónea conciencia de miserable impotencia, y se contentan con ensoñarla como un apetitoso ideal, inasequible para sus menguadas fuerzas, atonizadas por ingénita desconfianza mortal. ¿Ni cómo han de pensar en extender la canalización, si tienen la red actual de cauces para el riego, legado del trabajo de sus padres, en lastimoso abandono? Están las acequias, con los fondos desiguales, llenos de lodo, y las márgenes, cubiertas de maleza, arbitrariamente rotas en muchas de sus partes; su estrechez e insuficiencia numérica ocasiona el que, para llevar el agua a buena parte de los predios de regadío, se hayan de utilizar los caminos, convertidos por esta causa en verdaderas vías fluviales, por las cuales, sin embargo, se efectúa paradójicamente el tránsito de modo

exclusivo por medios de locomoción terrestre; el nivel de las aguas en ellas es a trechos más bajo que el nivel de las tierras colindantes, y, entonces, se ven forzados los regantes, hombres o mujeres, a meterse en la acequia próxima medio desnudos, y, en ruda faena de horas y horas, echar a los surcos el agua con herradas. Los pontones son tan rudimentarios, que no consisten en más de una piedra sin labrar, o en unos cuantos palos curvos, con la convexidad hacia arriba, que soportan un delgado y ruinoso caparazón de ramaje y tierra, casi siempre resquebrajado en peligrosos boquetes. La presa de derivación de todo el sistema de riegos es de cantos rodados y césped, amontonados a la manera ciclópea, sin argamasa, ni cemento de ninguna clase. En vano dedican a sus reparaciones los más de los días de «yera», en que los vecinos a toque de campana, han de acudir a prestar su trabajo personal y el de sus juntas de labor, a donde la alcaldía mande: el río sigue escapando por entre las guijas en quebrados chorros maliciosos, que se burlan, y ríen su burla, además, zumbones. Los labriegos, en tanto, echan a la presa morrillos, a cestos, y céspedes a carros, reparando de cuando en cuando sus fuerzas con algún que otro trago de vino, con que el municipio, pagándolo ellos, paternalmente les regala. Diríase que el estrépito de los cantos, y el ruido de los carros, rodando por los pedragales contiguos, y la propia alborotada algarabía, y el mosto de los barriles municipales los aturden de manera, que ni a su alma, ni siquiera a sus oídos llegan las carcajadas y menos las malicias del río.

De algunos años a esta parte no es raro verlos traer de los almacenes de la ciudad próxima sacos de «mineral», como ellos dicen, para abonar sus tierras. Emplean, pues, abonos químicos; pero de modo tan irracional, que, ni analizan previamente las tierras, a que los destinan, ni tienen para nada en cuenta las plantas, que con ellos pretenden fomentar, ni exigen del almacenista garantía de

análisis, que les asegure de la pureza de los productos pedidos. El almacenista, intermediario, vá, de ordinario, exclusivamente a su ganancia, y, en precio y calidad de la mercancía, solo a lo que más convenga a su negocio se atiene: los labriegos van al almacenista, le piden lo que saben sin saber lo que piden, reciben lo que quieren darles, y pagan por ello lo que al vendedor se le antoja, dentro de los límites que la libre concurrencia en cada caso le señala.

(Se continuará)

ASOCIACIÓN SACERDOTAL DE SUFRAGIOS.

(Continuación).

D. José Eugenio Martínez, Presbítero.

» Francisco Ferrero Rodríguez, Ecónomo de Riego.

M. I. Sr. D. Perfecto González Alonso, Canónigo de esta S. A. I. Catedral.

D. Heliodoro Rodríguez Cadenas, Presbítero.

» Faustino Martínez Martínez, Id.

NECROLOGIA.

El 13 de Octubre de 1914 falleció don Nemesio Chamorro Cabrero párroco de Santa Eulalia de Tábara arciprestazgo del mismo nombre. El finado pertenecía a la Asociación Sacerdotal de Sufragios y tenía debidamente acreditado el cumplimiento de cargas. Hace el número 301 de los socios fallecidos. R. I. P. A.